

forjado en la mezcla, en la armonía de partes que se necesitan recíprocamente, que se copertenecen.

Cuando uno abre el Libro Primero de los *Comentarios Reales de los Incas* le resulta inevitable la extrañeza ante lo que el lector desprevenido interpreta como exabrupto del Inca. Partiendo de la denominación, tan usual, de Nuevo Mundo, el autor se empeña en probar que no hay dos mundos, sino sólo uno. Y apostilla: «Y a los que todavía imaginaren que hay muchos mundos, no hay para qué responderles, sino que se estén en sus heréticas imaginaciones hasta que en el infierno se desengañen dellas»⁷. ¿A qué viene tanta vehemencia? Si hubiera dos mundos, uno podría y aun debería sojuzgar al otro. Los habitantes de uno de ellos merecerían ser llamados hombres, en propiedad, mientras que los del otro sólo lo serían analógicamente. Y el Redentor habría derramado su sangre por unos, los privilegiados, no por los otros (con la consiguiente tentación del contraste: si los unos son hijos de Dios, gracias al Hijo, los otros lo serán del Diablo, gracias a este «simio de Dios»). Las razones para convertir esta necesidad subjetiva del Inca en objetiva son brindadas por León Hebreo, verdadera plantilla en que se moldean los ideales de mestizaje del peruano-español. Sólo puede haber un mundo por la semejanza y conveniencia que las cosas —signos de un único Lenguaje— muestran entre sí. Y esa conveniencia radica en definitiva en la *sexualidad* que escinde al Universo (macrocosmos) y al Hombre (microcosmos). Los seres del mundo son como oquedades, clamores de restitución: pura falta que «echa en falta», mediante el deseo, aquello que le falta para ser, de verdad. Una sola cosa. De ahí la necesidad del amor, entendido como el *kalós desmós* del *Timeo* platónico: la ligadura universal de unión, que ahora ya no es un astuto *daimōn* menesteroso y emprendedor, sino, nada menos: «causa del ser del mundo y de todas sus cosas»⁸. Este amor ya no es sólo griego, sino cristiano. Es «l'amor che move il sole e l'altre stelle», como reza el último verso de la *Divina Commedia*⁹. Un Criador que con todo, como en nuestro Quevedo, no deja de presentar rasgos estoicos, en cuanto: «espíritu que vivifica y penetra todo el mundo»¹⁰. El Amor-Dios produce en cada ser su semejante, mas por vía de falta, de necesidad y hambruna del Otro. De modo que toda criatura anda buscando su complementario: lo que ambos, de verdad, son, sólo es logrado en la unión, en la copulación. Y por eso se atreve a decir el Hebreo que la Escritura se contradice —audacia que le costó al Inca la supresión, por la Inquisición, de esos pasajes en la nueva edición— al decir primero que Dios creó en el sexto día a Adán, macho y hembra, y añadir después que no era buena la soledad de Adán, «Moisés», con esta buscada contradicción, apuntaba a una doctrina esotérica. Y aquí el salto al *Symposion* platónico (y a supuestos comentarios hebreos en caldeo) es vertiginoso: «Adán» no era en verdad un hombre, sino el Andrógino, un *suppositum* «que contenía macho y hembra juntamente»¹¹. Pero desde la nefasta partición, los medios seres se afanan por fundirse entrañablemente, por volver al Uno: su éxtasis apunta a una *restitutio in integrum*. Y lo mismo para el Universo, siendo ahora Hesíodo el cristianizado: el Cielo-Macho atrae a la Tierra-Hembra, que desea unirse a él como la materia a

⁷ C. II, 7a.

⁸ C. I, 103a.

⁹ Dante Alighieri, *La Divina Commedia*, Paradiso, Canto Trentesimoterzo, v. 145, Bietti, Milán 1966, pág. 648.

¹⁰ C. I, 103b.

¹¹ C. I, 172a.

la forma (recuerdo de la *Physica* aristotélica). El Mundo se logra cuando están «ambos a dos conjuntos en amor matrimonial»¹².

Pues bien, ¿cómo reacciona el mestizo Garcilaso a esta armoniosa mezcla de cristianismo, helenismo y hermetismo? Siendo él mismo un microcosmos, hijo de un padre conquistador y de sangre noble de castellano viejo (probada en la Reconquista de lo antiguo y luego en la Conquista de lo nuevo), por un lado, y de una madre que es princesa incaica (por más que repudiada), el Inca dedica su vida a levantar un monumento —que, a su pesar, sería funerario— a las dos sangres que en él confluyen: la Primera Parte de los *Comentarios* trata del fabuloso pasado del Perú (homenaje a la madre); la Segunda Parte, del azaroso y sangriento presente del Virreinato (homenaje al padre). Y a su vez, el libro refleja una realidad (o mejor: un deseo, pues Garcilaso no se engaña). El microcosmos corresponde al macrocosmos: Castilla se hace Nueva, esto es: en verdad se *renueva* al volcarse en Perú, de la misma manera que los descendientes del Inca aspiran, no simplemente a seguir gobernando su tierra como antes, sino bajo la tutela del Imperio y la enseñanza de la Iglesia (tal es lo que proponía, por ejemplo, un Huaman Poma), sino a regir la Nueva Castilla. Vale decir, en esta geografía mítica del Inca: Perú (Matria) y España (Patria) son medios seres. Sólo fundidos, re-unidos en el único Mundo (un mundo de mestizos, paradójicamente tanto más «puros» cuanto más mezclados), constituyen el auténtico orbe: la *res publica christiana*. Surge así un mundo auténtico y mejor, a través de la reconciliación de los opuestos. Idea que no dejaba de ser peligrosa y que Garcilaso ha de presentar indirectamente, como en una lectura para iniciados.

Para proponer este *mito* (bien sabe el Inca que, al menos por el momento, la realidad apunta hacia la destrucción completa del Tawantinsuyu a manos del codicioso e inculto soldado de fortuna) la estrategia seguida es doble. La base no es la mera asimilación del Perú a Europa, sino la visión de ambos pueblos como ramas de un mismo tronco, fecundadas por la misma savia: una comunidad analógica de origen, mundano y sobrenatural. Por el lado mundano (de historia profana, diríamos) Garcilaso se esfuerza por demostrar que las creencias y hazañas de los indios —siempre que éstos hayan alcanzado el estatuto de pueblos, de civilización— son en todo equiparables, y aún superiores, a las de Grecia y Roma, aunque esta equiparación no haya sido hasta ahora notada por la falta de escritura (una falta que él, con su obra, se presta a remediar). Para empezar, el Inca no puede verse reducido al Perú: todas las Indias han de ser vistas, a pesar de su gran diversidad, como un solo pueblo. De ahí el empeño de su primera obra personal: *La Florida del Ynca*. La fracasada expedición de Hernando de Soto es cantada para incitar a nueva conquista, sí, mas advirtiendo de la imposibilidad de ésta si no reina armonía en el campo español, por una parte, y respeto y confianza hacia el indio, por otra (y no más bien a la inversa: el indio no miente). Ante todo procede corregir la idea inocua de que los indios sean «poco más que bestias», así como la contraria: que se hayan vertido tantas alabanzas

¹² C. I, 61a.

¹³ El Inca Garcilaso, *La Florida* (cit. en adelante: *F*). *Intr. y notas de Carmen de Mora, Alianza, Madrid 1988*, pág. 220.

¹⁴ Véase en cambio la frialdad —que a algunos puede llegar a parecer sádica— con que se describe el exterminio de los indios de Cuba: *F*. 133-4. Cuanto el Inca tiene que decir de esta «plaga abominable» (que los indios prefirieron ahorcarse en masa a vivir y trabajar para los dominadores) es: «Deste hecho sucedió después la carestía de los negros, que al presente ay, para llevarlos a todas partes de Indias, que trabajen en las minas.» (pág. 134.)

¹⁵ *F*. 148: «este nombre cavallero en los indios parece impropio porque no tuvieron cavallos... mas, porque en España se entiende por los nobles, y entre indios los uvo nobilísimos, se podrá también dezir por ellos». Adviértase que el renacentista Garcilaso aprecia la nobleza no tanto en la antigüedad de la estirpe cuanto en la grandeza de las hazañas.

¹⁶ *F*. 187.

¹⁷ *F*. *F*. 201.

¹⁸ *F*. 330.

¹⁹ *F*. 328.

²⁰ *F*. 341.

de los floridos «por loar nuestra nación, que, aunque las regiones y tierras estén tan distantes, parece que todas son indias»¹³. La indicación es por demás significativa. El Inca afirma que le guía —¿qué historiador diría lo contrario?— el afán de contar todo tal como fue de verdad; diríamos: *wie es ist eigentlich gewesen*, según la conocida admonición de Ranke. Pero a una época hermenéutica, como la nuestra, no le pasan ya desapercibidos los prejuicios que guían la descripción de los sucesos, en modo alguno aséptica. Es porque a Garcilaso le parece que todas las naciones convienen en la Matria única, las Indias, por lo que él ha escrito la historia de la fallida conquista de la Florida (caso, de no ser así, de lo más extraño: ¿quién está interesado en escribir —y en leer— la crónica de un fracaso?). Y así, al Inca le interesa hacer ver, a este respecto, una doble identificación: primero, de los floridos (y por extensión, de todo indio «civilizado»¹⁴ con los peruanos. Para ello, no duda en aplicar denominaciones procedentes de la «lengua general del Perú» a costumbres e instituciones de los floridos (por ejemplo, llama *curacas* a los caciques), así como encuentra —naturalmente— lo que anda buscando: la existencia de un mismo sistema de eticidad (prohibición de comer carne humana, por ejemplo) y aun de religiosidad (lo cual presupone, claro está, una curiosa transformación en términos renacentistas —neoplatónicos, estoicos y cristianos— de las *virtudes* indias, que él, el Inca, encuentra iguales en el Norte y en el Sur de América. Y en segundo lugar, la identificación de esas virtudes con las que *dicen* tener los españoles. Por eso llama audazmente a los floridos «caballeros indios», a sabiendas de que ellos no poseían caballos: para él, son caballeros porque sus gestas merecen entrar en la historia, esto es: *son dignas de imitación* (típica concepción renacentista de la historia como *monumentum aemulationis*)¹⁵. Mas una vez lograda esta doble asimilación, otra más importante reclama la atención del Inca: el parangón de hazañas, costumbres y obras de los indios con las de la gentilidad clásica. Y así vemos a naciones de entre los floridos comportándose en periodos de guerra igual que otras «en tiempo del grande Julio César»¹⁶; a caudillos como Vita-chuco lanzando arengas tan inspiradas y fieras como las de los caballeros del «divino Ariosto» y del «muy enamorado conde Mattheo María Boyardo»¹⁷; a la Señora de Cofachiqui, de tanta majestad y belleza que a nadie se le ocurrió inquirir su nombre, «sino que se contentaron con llamarla señora, y tuvieron razón, porque lo era en toda cosa»¹⁸, y cuyo encuentro con el Gobernador de Soto es equiparado al de Cleopatra, «aquella famosísima gitana», y de Marco Antonio¹⁹. O, en fin, el templo del pueblo Talomeco, de justamente famosa y galana descripción, con sus atlantes «entallados de madera», a la entrada; obras que dejan estupefactos a los españoles y «que, si se hallaran en los más famosos templos de Roma, en su mayor pujanza de fuerzas e imperio, se estimaran y tuvieran en mucho por su grandeza y perfección»²⁰. Todo lo narrado, en efecto, en esta portentosa historia de una empresa insensata, apunta a un propósito común: la uniformidad de la naturaleza humana, y aun de la Naturaleza, sin más. Tarea del historiador (yo diría, más bien: del mitopoeta) es «traducir» las diferencias que la historia, que las historias de pueblos y hombres nos muestran,